



DEL "REPERTORIO AMERICANO"

De MIGUEL DE UNAMUNO

(Para LA NACION)

PALENCIA, agosto de 1921.

El "Repertorio Americano" es una excelente revista que se publica en San José de Costa Rica y que dirige el Sr. García Monge. Es de lo más jugoso y de lo más ponderado y de lo más culto que conocemos de esas tierras. Refleja muy bien el envidiable nivel de cultura pública a que ha llegado la pequeña República de Costa Rica. Alguien, sin embargo, que conozca la revista podrá, con un espíritu estrecho, reparar que llamándose "Repertorio Americano" ocupan mucho lugar en sus páginas escritos tomados de publicistas españoles. A los que así pensarán les diríamos que para los de Estados Unidos de la América del Norte, yankees o yanqueses o como se quiera llamarlos, "americanos" no son más que ellos. En su uso de hablar "americano" quiere decir el ciudadano de la República que asentó Washington y corroboró Lincoln; los demás ciudadanos de las demás repúblicas del continente que descubrieron españoles son... no sabemos como los llamarán.

Los que hacen el "Repertorio Americano" y en especial el Sr. García Monge deben de pensar, y bien, que la lengua une más que el territorio. Y más cuando éste es muy vasto y con grandes y graves obstáculos interiores.

En el número del 30 de junio de este año y de esta revista hallamos un trabajo titulado "Propaganda literaria" del chileno Arturo Torres Ríosco, residente en los Estados Unidos de la América del Norte, y dirigido a don José Vasconcelos "defensor de América Libre". El escrito empieza con la ya consabida lamentación de lo mal que se conocen entre sí los distintos pueblos de la América de lenguas ibéricas (español y portugués) pero pasa a indicar lo mal que los conocen los que se llaman a sí mismos americanos por excelencia, si es que no por exclusión, los yanqueses. El trabajo del Sr. Torres Ríosco merece ser conocido.

Después de decirles algunas verdades agrias a los sudamericanos y recordar las de Baroja, añade: "Nada tenemos que hacer con los norteamericanos. Debemos, sí, mandar florida juventud a aprender aquí cosas prácticas, a buscar grandeza material, pero que mantenga libre su espíritu idealista y noble, libre de las ambiciones monetarias, del desprecio por las bellas artes, de la indiferencia por toda actividad desinteresada. Muchos tendrán por paradoja mi afirmación de que la América del Sur es infinitamente superior a la del Norte cuando las apariencias dicen

claramente lo contrario... Basta ir a cualquier teatro de mi tierra para ver cómo el peón y el niño del arroyo se emocionan ante toda tragedia y mascan su dolor haciendo esfuerzos inauditos para contener el llanto, que siempre las lágrimas fueron tenidas por nosotros como signo de debilidad. Mientras aquí, en esta ciudad de Nueva York, lo más refinado de la aristocracia se refa a carcajadas del dolor de Canio en "I Pagliacci", equivocando el significado de la risa trágica, y un público de escritores protestaba en contra de la sensibilidad de Nora en "Casa de Muñecas". Y así continúa el Sr. Torres Ríosco.

Cuya supuesta paradoja no lo es. Y la suscribiríamos con solo quitar el "infinitamente", que es una hipérbote... americana, y lo de Sur y Norte que parece separar a América de otro modo que por el Istmo de Panamá. Pues estimamos que en el orden del espíritu, de la originalidad, del arte, de la gracia, del ingenio, del sentimiento delicado, de la penetración crítica, de la cultura, en fin, no sólo lo que comúnmente se llama Sudamérica o América del Sur, sino la América de lenguas ibéricas, desde Méjico al sur, es, en efecto, superior a la América de lengua inglesa.

El Sr. Torres Ríosco establece luego comparaciones entre literatos y escritores anglo-americanos y otros hispano-americanos, tarea en que no le vamos a seguir. Aunque estemos en lo substancial, de acuerdo con su juicio.

Poco después de haber leído este escrito de la excelente revista costarricense recibimos una carta de un español que está de profesor de nuestra lengua en una Universidad norteamericana considerada entre las cinco mejores. El juicio de nuestro compatriota es aún más tajante que el del chileno y como expresado en carta, de tonos más vivos.

Nos dice nuestro amigo cómo con la guerra decretó el interés por el alemán y los "profesores de este idioma, que eran muchos, se dedicaron al castellano". El número de hispanófilos aumentó considerablemente "interesándose unos por lo español y otros por el español." Añade lo que es sabido, que aprenden el español con miras utilitarias, de comercio—lo que es muy natural—que la vieja España tiene para ellos una importancia secundaria, que muchos no saben si está al norte o al sur de Europa, y agrega: "No exagero. Los alumnos de estas Universidades tienen mucha menos cultura general que los de los Institutos españoles." Y se lo creemos; nos lo autoriza nuestra experiencia.

Dice también nuestro amigo: "Los verdaderos hispanistas, los que investigan nuestro arte, los que anotan comedias del siglo de oro, los que publican gramáticas... no saben castellano." Lo sabemos ya. Y nos aduce ejemplos curiosísimos. Y luego nos habla de una de las más

extrañas características de aquella sociedad que pasa por libre. Hacen ediciones expurgadas de nuestros escritores más morigerados. De "Mare Nostrum", de Blasco Ibáñez, han suprimido los párrafos amorosos. Y nos ha divertido mucho el saber que nuestro amigo, el profesor de español en una de las cinco primeras Universidades de los Estados Unidos, tuvo que dejar de servir en clase como de texto para traducción de un cuento de quien ahora os habla, titulado "El sencillo don Rafael, cazador y tresillista" por un pasaje que a aquellos presuntos herederos de los puritanos, o lo que sean, les pareció escabroso. Conocíamos la gazmoñería oficial de aquella tierra, el "cant" norteamericano, mucho más ridículo y más hipócrita que el "cant" inglés, un "cant" colonial. Porque no hay nada como la gazmoñería colonial. Y el alma norteamericana sigue siendo colonial.

Claro está que hay escritores anglo-americanos y entre ellos el primero Walt Whitman que han escrito cosas mucho más desnudas—y hasta descarnadas—mucho más escabrosas que puedan serlo los párrafos amorosos del "Mare Nostrum" de Blasco Ibáñez o el breve pasaje de nuestro inocentísimo y apacible cuento, pero esos escritores cuidarán mucho allí de que no anden por manos de los estudiantes. Que los leerán a hurtadillas.

Y a nosotros nos choca esto más porque la gazmoñería no ha sido nunca vicio nuestro y desde hace más de un siglo, menos aun. El español, todo el de lengua española, será fanático, será supersticioso, pero gazmoño no es. La gente que suele tener aquí una idea tan falsa de lo que creen ser el libertinaje francés se asombra cuando se le dice que libros que aquí corren libremente por todas las manos, tienen vedado el acceso a los hogares franceses y a las cátedras donde se hace ejercicios de lectura.

Ahora se ha despertado, al parecer, en los Estados Unidos la curiosidad por lo español, pero... ¡Qué cosas podríamos contar de aquellos eruditos hispanistas anglo-americanos! ¡qué cosas de su erudición a la tudesca, de miopía en máximo grado que no ve sin microscopio! Y que se opone a estudiar al microscopio un elefante. Y de otros de una superficialidad... angloamericana, que es [naturalmente] lo colosal de la superficialidad. Y de los empresarios de erudición como Edison—¡oh, Edison!—es un empresario de aplicaciones de la ciencia física, con lo que ha logrado que conozcan su nombre los que ignoran el de Maxwell, por ejemplo.

Pero de esta plaga del científicismo y del ingenierismo, que no son ni ciencia ni ingenio—ni siquiera industria—habrá que hablar más despacio. Ahora tenemos que recorrer esta interesantísima provincia de Palencia.